

INTRODUCCIÓN

El transhumanismo ya no es una ideología reciente. No sólo porque sus raíces filosóficas se hundan en el pasado remoto, como veremos en este estudio, sino porque va acercándose al medio siglo de existencia. Y, sin embargo, la revolución informática ha propiciado que en los últimos veinte años la atención mundial hacia este movimiento haya sido exponencial. En este trabajo no pretendemos ser originales, sino simplemente presentar de un modo ordenado algunas cuestiones fundamentales ligadas a esta corriente de pensamiento.

No se trata tampoco de criticar la adquisición de mejoras técnicas. No se trata de oponerse al cambio por el cambio (vicio opuesto, ciertamente, a promover el cambio por el cambio). No se trata de condenar las innegables mejoras de las condiciones de la existencia humana. No se trata de venerar ingenuamente la «naturaleza». Para aceptar todo lo bueno que nos traen la ciencia y la técnica del ser humano no hace falta renegar del humanismo, no hace falta poner nuestra esperanza en la superación de lo humano, en una fe científicista que remede los grandes movimientos de espiritualidad. Se puede promover la mejora técnica del ser humano sin por ello rechazar la naturaleza que nos marca unos cauces fuera de los cuales siempre será peligroso deambular.

El plan es dar primero una definición de transhumanismo (primer capítulo) e indagar luego sus raíces filosóficas (segun-

do capítulo) para después exponer tres objetivos del transhumanismo –la inmortalidad (tercer capítulo), la invulnerabilidad (cuarto capítulo) y la perfección (quinto capítulo)–; y concluir con una crítica al transhumanismo como religión (sexto capítulo). Con ese fin, en el primer capítulo trazaremos una radiografía del transhumanismo, en un intento de acotar su esencia. Habrá que estudiar también a sus principales representantes (Kurzweil, Bostrom, Pearce, Max More, etc.) y explicar sucintamente las nuevas tecnologías que propician su surgimiento, las NBIC: nanociencia, bioingeniería, informática y ciencias cognitivas. En el segundo capítulo, bosquejaremos una historia del transhumanismo en sus tres ideas principales: el ser humano no tiene esencia; el ser humano debe superarse; esta superación se logrará mediante la tecnología. El tercer capítulo examina las posibilidades científicas de uno de los principales postulados del transhumanismo –la búsqueda de la inmortalidad–, concluyendo que no sólo es fácticamente imposible, sino que quizá sea indeseable conseguirla. El cuarto capítulo pasa revista a las posibilidades científicas de otro de los postulados del transhumanismo: la invulnerabilidad. Nos detenemos a criticar argumentos inesenciales o espurios sobre este tema (como sería el catastrofismo) y presentamos argumentos que avalan la indeseabilidad de un ser humano invulnerable e incapaz de amar. El quinto capítulo indaga las posibilidades científicas de un tercer objetivo transhumanista –la mejora de la especie– y enumera algunas refutaciones de este objetivo, de mano de autores como Habermas, Fukuyama o Sandel, entre otros. El sexto capítulo, quizá el más original, explica por qué el transhumanismo es un proyecto soteriológico en competencia con las religiones clásicas: compararemos los elementos del transhumanismo con la religión, incluida la misma noción de Dios, que para el transhumanismo es el propio hombre mejorado o superado.

Agradezco a CEU Ediciones y a Antonio Piñas la invitación a publicar este trabajo, que recoge y reelabora algunas de mis publicaciones previas sobre el tema: una sobre el transhumanismo de García Bacca, publicada en un recopilatorio de trabajos sobre filosofía hispanoamericana (2014); otra sobre la pretensión transhumanista de hacernos inmortales (2015), presentada en el III Congreso Internacional de Bioética de la Universidad de Valencia; una reflexión personal sobre la pretensión transhumanista de erradicar el sufrimiento en el X Congreso de la Asociación Española de Bioética; (2015) y un malogrado artículo sobre el sufrimiento en la obra de A. Huxley. Gracias a mis alumnos de Magisterio, Enfermería o Medicina, con quienes trato habitualmente estos temas, y a los profesores Juanma Monfort, José María Mira, José Miguel Esteve y Emilio García: hablando con ellos y contra ellos pienso mejor.

QUÉ ES EL TRANSHUMANISMO

TRASUMANAR SIGNIFICAR PER VERBA / NON SI PORIA
(NO SE PUEDE DAR A ENTENDER CON PALABRAS LO QUE SIGNIFICA TRANSHUMANAR)

DANTE, *PARAÍSO*, CANTO I, 70.

Manel Muñoz, también conocido como Manel de Aguas, es un joven español que saltó a la fama hace unos años porque intentaba transitar de la especie humana hacia una especie aún desconocida. El procedimiento para ello era implantarse un par de aletas de silicona, que más bien parecen grandes orejas, con componentes electrónicos conectados directamente al cerebro. Aunque se trata de un artista y no se sabe bien hasta qué punto las modificaciones a las que se somete forman parte de una *performance* artística o de un intento serio de modificar la especie humana, el caso no es despreciable porque manifiesta una de las tendencias culturales más boyantes de los últimos años: el transhumanismo.

1. UNA HIDRA DE MIL CABEZAS

El transhumanismo «no es una corriente homogénea» (Postigo, 2021, p. 134). Como otros fenómenos culturales similares, no aparece con unos contornos nítidos, va definiendo sus perfiles a medida que avanza el tiempo, se discuten temas y se clarifican posturas. Ni todos los que se denominan transhumanistas estarían de acuerdo con todas las propuestas transhumanistas, ni todos aquellos que proponen pautas de acción o pensamiento transhumanistas estarían dispuestos a llamarlas así (no se conciben a sí mismos como

transhumanistas). Es importante estudiar esta ideología porque no sólo es un movimiento cultural, sino que ha conseguido conformar incluso un partido político en Estados Unidos.

En un sentido amplio, y ateniéndonos al significado mismo de la palabra, podríamos decir que el transhumanista pretende trascender la humanidad para crear algo mejor que el ser humano, valiéndose para ello de la ciencia y técnica actuales. No sólo quiere reparar lo que está dañado, sino mejorar lo presente. Trascendida la naturaleza humana, habríamos llegado al poshumano. Aunque transhumanismo y poshumanismo suelen confundirse, la sutil diferencia entre ambos consistiría en que, mientras el transhumanismo es una etapa de transición, el poshumanismo es la meta (*terminus ad quem*). El humanismo, por su lado, sería el término del que se parte (*terminus a quo*). No deja de ser irónico que el futuro de lo humano no pueda definirse más que en referencia a lo humano; cabría dudar de la viabilidad semántica del intento. Sería como hablar del ser humano en términos de transmono o posmono.

Algunos autores distinguen dos tipos de transhumanismo: el cultural y el tecnológico (Diéguez, 2016, p. 39). El cultural y filosófico sería un movimiento más europeo y ligado, como mucho, a la discusión sobre la manipulación genética. A menudo a esta corriente se la califica como poshumanista. Autores consagrados del poshumanismo (Braidotti, 2015) califican al transhumanismo como «fantasioso». El transhumanismo tecnológico, por su parte, sería un movimiento más anglosajón y estaría ligado a las disciplinas de robótica, inteligencia artificial e informática.

Una manera sencilla de acercarnos de golpe a lo que significa el transhumanismo puede ser transcribir y comentar brevemente el manifiesto transhumanista. Así es como aparecía en 1998 en su página web, en versión 2.4, consultable a través de waybackmachine¹.

1 <https://web.archive.org/web/19980702105748/https://www.transhumanism.com/declaration.htm>

La humanidad cambiará radicalmente por la tecnología en el futuro. Nosotros prevemos la viabilidad de rediseñar la condición humana, incluyendo parámetros tales como la inevitabilidad del envejecimiento, las limitaciones de la inteligencia artificial o humana, los rasgos psicológicos no elegidos, el sufrimiento y nuestro confinamiento en el planeta tierra (1). La investigación sistemática debe estar al servicio de la comprensión de estos desarrollos venideros y sus consecuencias a largo plazo (2). Los transhumanistas pensamos que estando generalmente abiertos y aceptando las nuevas tecnologías tenemos una mejor oportunidad para aprovecharnos de sus ventajas, en lugar de intentar ilegalizarlas o prohibirlas (3). Los transhumanistas abogamos por el derecho moral de quienes lo deseen de usar la tecnología para extender sus capacidades mentales y físicas y mejorar su control sobre sus propias vidas. Buscamos el crecimiento personal más allá de nuestras actuales limitaciones biológicas (4). En la planificación del futuro es necesario tener en cuenta la perspectiva de un progreso tecnológico dramático. Sería trágico si los potenciales beneficios no alcanzaran a materializarse por una desmotivadora tecnofobia y unas prohibiciones innecesarias. Por otra parte, sería igualmente trágico si la vida inteligente se extinguiera a causa de algún desastre o guerra que involucrara tecnologías avanzadas (5). Necesitamos crear espacios donde la gente pueda debatir racionalmente qué se necesita hacer, y (necesitamos) un orden social donde las decisiones responsables puedan ser llevadas a cabo (6). Los transhumanistas abogamos por el bienestar de todo sentiente (bien sea intelectos artificiales, humanos, no humanos animales o posibles especies extraterrestres) y abarca muchos de los principios del humanismo secular moderno. El transhumanismo no apoya ningún partido político concreto, ni a ningún político o movimiento político (7).

A propósito de la indefinición en la que se mueve el transhumanismo, es interesante señalar que su manifiesto se ha ido modificando a lo largo del tiempo. La versión que hemos presentado, de 1998, ya es una versión 2.4. Actualmente la asociación transhumanista mundial ha cambiado de nombre, quedándose en un más modesto «*humanity+*», seguramente debido a las crí-

ticas a algunas de sus pretensiones más extravagantes. Hoy podemos leer una nueva declaración transhumanista con ciertas diferencias respecto a la original².

Por ejemplo, en el primer punto ya no se intenta eliminar el sufrimiento, sino tan sólo el «sufrimiento involuntario» (*involuntary suffering*). La redacción del segundo punto ha cambiado sustancialmente: habla de un desarrollo del potencial humano (*humanity's potential*), lo cual dista mucho de ser un cambio de especie por elevación. El tercer punto ya no afirma alegremente que haya que avanzar en lugar de prohibir, sino que advierte de que, aunque todo progreso sea cambio, no todo cambio es progreso (*all progress is change, not all change is progress*). El cuarto punto, que parece provenir del sexto de la declaración original, pide foros de discusión, no sólo para debatir lo que hay que hacer, sino admitiendo los riesgos potenciales del intento transhumanista (*reduce risks*). El quinto punto insiste en que la prioridad debería ser desarrollar la agenda transhumanista, pero incluyendo el concepto de riesgo existencial (*existential risk*), que curiosamente tendría que ver con los peligros asociados al desarrollo tecnológico. En el sexto punto, que parece provenir del quinto de la declaración original, desaparece el término «tecnofobia» y se enfatiza la necesidad de considerar las oportunidades y los riesgos (*opportunities and risks*) de la propuesta, con solidaridad y respetando la dignidad. En el séptimo punto desaparece la referencia explícita a la vida extraterrestre, quizá por el descrédito que les pudiera acarrear. El octavo punto proviene del cuarto de la declaración original; insiste en el derecho individual a aplicar las mejoras que aparecieran y concreta alguna de las tecnologías disponibles, tales como las tecnologías reproductivas o la criónica.

En conclusión, el transhumanismo es un concepto vago, no sólo por la diversidad actual de corrientes que pretenden ser transhumanistas, sino porque el propio movimiento transhuma-

2 <https://www.humanityplus.org/the-transhumanist-declaration>

nista –sus representantes más reconocidos– ha ido moderando sus opiniones. Por ello, quizá ayude a entender un poco mejor el movimiento transhumanista estudiarlo en tres de sus representantes más notables.

2. ALGUNOS PROTAGONISTAS

La palabra «transhumanismo» nació con Julian Huxley (aunque hay un precedente en la *Divina comedia*, Paradiso, canto 1, v.70). En un artículo llamado «Nuevos odres para vino nuevo» afirma Huxley que cree en el transhumanismo, que es un «nuevo tipo de existencia que será tan diferente a la nuestra como lo somos nosotros del hombre de Pekín» (Huxley, 1957). Por «hombre de Pekín» se refiere a una subespecie de *homo erectus*. Sin embargo, dados los estrechos vínculos de Huxley con Galton, es difícil no descubrir que lo que se estaba proponiendo con el nombre de transhumanismo era un nuevo vocablo con el que designar a la eugenesia, considerando la mala prensa que había adquirido el término desde la Segunda Guerra Mundial (Monterde, 2020).

Dentro del transhumanismo podemos encontrar un gran número de expertos cuyas aportaciones han sido de gran relevancia para el desarrollo de esta ideología. Habría un grupo transhumanista fundamental en Oxford, cuyos miembros más importantes son Julian Savulescu, David Pearce y Nick Bostrom, del que hablaremos enseguida más en detalle. Estos dos últimos fundaron la Asociación Transhumanista Mundial (WTA) en 1998, rebautizada ahora como *humanity+* en 2008. En EE.UU., por otra parte, está FM-2030, del que hablaremos enseguida, seguido por el matrimonio More: Max More, que funda en 1990 el Instituto Extropiano (intentan revertir, al menos metafóricamente, las leyes de la entropía) y su mujer, Natasha Vita More, a quienes regresaremos más adelante. Este transhumanismo estadounidense está más ligado a la robótica y la informática. En Europa a veces se habla de

poshumanismo, pero está más relacionado con la intervención genética, tal y como han propuesto autores de la talla de Peter Sloterdijk o Giorgio Agamben.

Entre todos los pensadores que han influido en la definición del transhumanismo vamos a centrar la mirada en tres: FM-2030, Nick Bostrom y Raymond Kurzweil.

Fereidoun M. Esfandiary es uno de los grandes inspiradores del movimiento transhumanista. Este escritor y filósofo de origen iraní publicó en 1989 un libro titulado *Are You a Transhuman? Monitoring and Stimulating Your Personal Rate of Growth in a Rapidly Changing World*. Esfandiary cambió su nombre a FM-2030 para manifestar, primero, que los nombres tradicionales son también atávicos y, segundo, para exhibir su apuesta por el futuro. Vivió con la esperanza de que alcanzaría los cien años en el 2030 y de que entonces ya sería técnicamente posible alcanzar la inmortalidad. FM-2030 es conocido por afirmar que tenía «nostalgia del futuro», y se le considera más un visionario que un pensador al uso. Suelen calificarlo como «profeta» del transhumanismo. Todas estas características serán importantes cuando analicemos más adelante el transhumanismo como una religión.

FM-2030 escribió en 1973 un extenso manifiesto futurista (*UpWingers, A Futurist Manifesto*) en el que comienza declarando que, aunque le suelen tachar de optimista, él cree que no lo es lo suficiente; es más, que nadie puede serlo. La tecnología lo cambia todo y esto nos lleva a prever un futuro muy distinto («futurólogo» es uno de los epítetos del pensador). El optimismo sería el tono fundamental del que mira al futuro, mientras que el pesimismo sería el tono vital del que mira al pasado. En el futuro, según FM-2030, trascenderemos la familia y la nación hacia una comunidad de vida universal; trascenderemos la escuela tradicional gracias a las nuevas tecnologías; trascenderemos el industrialismo de las fábricas o la localización tradicional en pueblos o ciudades; trascenderemos la economía de supervivencia para vivir en un mundo de «ocio y abundancia»; trascenderemos la libertad, la igual-

dad y la competición, la violencia, la soledad y las identidades, la alienación y las mismas utopías. Desgraciadamente murió treinta años antes de lo previsto, en el 2000, de un cáncer de páncreas, aunque su cuerpo está críonicamente conservado esperando que la técnica posibilite su regreso entre nosotros.

Nick Bostrom es un profesor de Oxford nacido el mismo año en que Esfandiary publicaba su manifiesto futurista: 1973. Su nombre es fundamental en el transhumanismo porque fundó en 1998, junto con David Pearce, la Asociación Transhumanista Mundial, hoy rebautizada con el nombre de *humanity+*. Bostrom no tiene una fe absoluta en el futuro, sino que advierte la aparición de cuanto califica como «riesgos existenciales». Los riesgos existenciales (Bostrom, 2013) son aquellos que comprometen la viabilidad de la especie humana por los desarrollos tecnológicos: más que un accidente automovilístico, un genocidio, una tiranía mundial o el mismo envejecimiento. Sin embargo, su planteamiento es ambiguo, porque en su clasificación de riesgos existenciales pone por un lado la extinción humana prematura o la ruina de la especie humana por el desarrollo tecnológico, pero por otro indica que igualmente fatal sería el estancamiento permanente de este desarrollo. Así que el riesgo existencial nos acosa tanto si el progreso tecnológico se completa como si no.

Bostrom ha reflexionado también sobre la inteligencia artificial, que es uno de los temas que siempre acompañan al transhumanismo. Es uno de los promotores de una carta abierta que, publicada en 2015, advierte del riesgo existencial anexo al desarrollo de la inteligencia artificial. La carta fue firmada no sólo por profesores universitarios y políticos, sino por gurús de las grandes empresas tecnológicas. La misma ambigüedad de la reflexión sobre el riesgo existencial la encontramos aquí, pues, aunque los firmantes de la carta advierten del potencial peligro, no dejan de pedir que se invierta más en investigación sobre el tema. En relación con el desarrollo de la inteligencia artificial, y en conexión con el transhumanismo, Bostrom también es conocido por plantear el argu-